

Coca y violencia en la historia y el presente del VRAE

PABLO O'BRIEN*

El cimbreante camino que separa a Huamanga de San Francisco, la puerta de ingreso al valle de río Apurímac y Ene (VRAE), es largo, monótono y peligroso. La trocha contornea las laderas de cerros y montañas abriendo abismos y barrancos insondables. En las ocho penosas horas que toma recorrer esta vía se debe superar una altura cercana a los cinco mil metros, para luego ir descendiendo lentamente hasta que la selva aparece como un resplandor.

El valle es surcado por el río Apurímac, que discurre de sur a norte en el margen nororiental de la región Ayacucho, el extremo norte de Cusco y el suroeste de Junín. Su caudal, que termina confluyendo con el Ene, abarca un área aproximada de un millón de hectáreas ubicadas entre los 400 y 2.500 metros de altitud.

El pueblo de San Francisco constituye el acceso a este desconcertante paraje. La vegetación, los mototaxis y un insoportable sopor le recuerdan al visitante que está en medio de la selva. Pero, a diferencia de pueblos como Tingo María, Tocache, Aguaytía o Aucayacu, aquí no se vive con la alocada despreocupación que caracteriza a los *charapas*. Por el contrario, los habitantes del VRAE son más bien taciturnos, casi melancólicos. La explicación a esta conducta estaría en que la cultura serrana aún impregna las costumbres del lugar.

En el valle, el suave rumor del quechua se deja sentir en las conversaciones familiares y en la decena de emisoras que saturan el espacio radioeléctrico. Los noticieros y los comentaristas más contestatarios recurren al runasimi para hacer sentir sus protestas y reclamos. La música que marca el ritmo del lugar es, sin discusión, el yaraví y el huayno, aunque los más jóvenes prefieren la cumbia tropical andina.

Esta no es la única característica peculiar del lugar. La abundancia de camionetas cuatro por cuatro llama la atención, especialmente porque en el VRAE —según cifras oficiales— nueve de cada diez personas son pobres. En San Francisco (Ayacucho) y Quimbiri (Cusco), poblados separados por Apurímac pero unidos por un extenso puente, prosperan los restaurantes, las cantinas, los billares y en especial las casas agroquímicas que ofrecen abiertamente fertilizantes y productos para acelerar el crecimiento de la hoja de coca. Entre tanto negocio floreciente destacan los centros odontológicos, que promocionan sus bondades con espléndidas gigantografías. Quimbiri incluso cuenta con su propia zona rosa, un conglomerado de casuchas al borde del río donde la música, los malos olores y los malos presagios se adueñan del ambiente. Muestras claras, indican los habitantes más recatados, del auge del narcotráfico.

Y es así como el VRAE existe en el imaginario nacional: una región apartada en donde el tráfico de drogas y la violencia senderista campean. Las menciones que hace la prensa del valle están siempre relacionadas a dos hechos: las ocasionales incursiones de una de las dos facciones de Sendero Luminoso que persisten en empuñar las armas; y porque esta cuenca —según los analistas— es hoy la principal productora de cocaína del Perú, dudoso sitio que ostenta recientemente.

El cultivo de hoja de coca, sin embargo, ha signado la historia de este valle desde que los jesuitas lo introdujeran en el siglo XVII.

BREVE HISTORIA

El valle fue dominado por asháninkas y campas desde tiempos inmemoriales. Para estas etnias, el lugar era un espacio sagrado, un territorio que les proveía de todo lo necesario para la subsistencia mediante la caza, la recolección y una incipiente agricultura.

Todo cambió cuando los jesuitas llegaron al lugar a comienzos del XVII. El afán evangelizador y la visión económica de esta Orden la llevaron a colonizar tan alejado paraje. Junto al catecismo, los sacerdotes introdujeron la agricultura extensiva de la hoja de coca y la ganadería.

Luego de la expulsión de los jesuitas, los franciscanos tomaron la posta y a comienzos del siglo XIX erigieron el pueblo que lleva el nombre del fundador de su Orden sobre una de las márgenes del río Apurímac. Años más tarde, les siguieron los pasos miles de campesinos que escapaban de la pobreza y las penurias de las serranías ayacuchanas. En pos de sus almas, a mediados del XX arribarían otros misioneros. Pentecostales y presbiterianos predicaron la nueva fe en ambas márgenes del Apurímac. Finalmente, en la década de 1980 un fundamentalismo de nuevo cuño hizo su aparición: las huestes senderistas que reclamaron para sí las mentes y las vidas de los lugareños.

Hasta mediados del siglo XX —como señala Ponciano del Pino¹—, el valle fue principalmente un productor de coca, pero solo a fines del XIX se convierte en un atractivo polo comercial para las poblaciones serranas y se conecta con el circuito ayacuchano. La coca y el aguardiente (elaborado de caña), dos mercancías sumamente apreciadas por los campesinos, fueron el imán que atrajo a la zona a inmigrantes, hacendados e incluso a viajeros como Antonio Raimondi, quien elogió la belleza y el potencial del lugar.

Las favorables condiciones de la zona provocarían la primera ola migratoria de importancia hacia el VRAE. Entre fines del siglo XIX y el primer tercio del XX, pobladores de Huanta y La Mar se asentarían en el lugar. En 1907 el valle contaba con 3.000 habitantes que cultivaban 2.000 hectáreas: 911 de coca, 135 de caña y alrededor de 1.000 de diversos productos (frutales, café y otros).²

Hacia mediados de la década de 1960, el *boom* del café produjo la segunda ola migratoria. El Perú entonces era el tercer productor mundial de este cultivo. El incremento del precio internacional y el fomento del Estado, así como la construcción de la carretera Ayacucho-Tambo-San Francisco (1964), generaron una masiva oleada migratoria hacia el valle.

La intensa migración generó nuevas demandas de tierras [...]. Sin ningún tipo de planificación ni control estatal se ocuparon tierras 'libres'. La colonización desbordó hacia la margen derecha [...]. Entre 1965 y 1970 se dio la mayor afluencia de migrantes que en los años siguientes tomaron tierras en algunas zonas basándose en La Reforma Agraria de 1969.³

El valle prosperó gracias al café y el cacao, hasta que la presencia de Sendero Luminoso dinamitó este desarrollo. En 1983 aún era rentable sembrar estos productos, que junto a las frutas ocupaban la mayor parte de los cultivos, pero la violencia impuesta por Sendero ahuyentó a comerciantes, productores y financistas. Al mismo tiempo, desde las serranías de Ayacucho miles de personas, incluso comunidades enteras, arribaron al lugar escapando del baño de sangre desatado por las huestes de Abimael Guzmán y la represión que aplicaban los infantes de Marina. Así se produjo la tercera ola migratoria que experimentó el VRAE.

En la memoria de los pobladores del valle 1983 ha quedado grabado para siempre, no solo porque ese año fue el inicio de la violencia y las ejecuciones sumarias [en el VRAE], sino porque entonces se desató una profunda crisis económica. La inestabilidad llevó a que muchos orientaran su producción hacia el cultivo de hoja de coca, que no requería mayores cuidados ni inversión [...]. En el período 1985-1987 fue el término más sangriento de enfrentamientos entre ronderos y subversivos. En ese contexto se generalizó la comercialización de la pasta básica de cocaína.⁴

Cabe recordar que en este lugar se crearon los primeros comités de defensa civil (CDC), que más tarde serían conocidos como comités de autodefensa civil (CADC).

A fines de 1991, Ayacucho llegó a contar con aproximadamente 836 comunidades organizadas como CDC. De ellas, 280 [el 33%] correspondían al valle del río Apurímac y tenían bajo su control al 95% del valle.⁵

La fe jugó un papel preponderante en la creación de estas organizaciones. Desde 1984 las Iglesias pentecostales empezaron a crecer. Los pastores esparcieron la creencia de que el mundo atravesaba por una edad preapocalíptica, en vísperas del segundo advenimiento de Jesucristo o del Espíritu Santo. Su prédica fue aceptada con verdadera convicción por los pobladores del VRAE. Por ello, a Sendero le fue imposible ganarse a estos nuevos creyentes.

Para combatir y castigar la resistencia que le demostraban los pobladores, Sendero desplegó su fiereza característica.

Los evangélicos elaboraron entonces una respuesta ideológica, que se tradujo en acción práctica: para el juicio final la tierra debía quedar limpia de «demoniacos». Por eso era necesario, bajo la protección de Dios, luchar contra las fuerzas del mal. De esta forma, la represión sangrienta de SL encontró como respuesta la acción armada de los evangélicos y la guerra política [en este valle] se convirtió en cierta medida en guerra religiosa, pues los evangélicos no se imaginaban combatiendo contra un enemigo común y corriente, sino contra el propio Anticristo.⁶

Mientras este proceso tenía lugar, otro igualmente significativo reconfiguraba la región: los cultivos de hoja de coca y la producción de pasta básica de cocaína se convirtieron en la base de su economía.

Al mismo tiempo, entre 1985 y 1987 la indiferencia del Estado y las Fuerzas Armadas frente a la matanza de ronderos a manos de SL, llevaron a los CDC a establecer alianzas con el narcotráfico a cambio de armas y recursos, con los cuales a la vez que derrotaron a los grupos armados, mantuvieron 'limpia' la zona de la presencia de policías y militares. En medio de las adversidades de la guerra y la pobreza surgió esta alianza peligrosa entre ronderos, cocaleros y narcotraficantes, en la cual estos últimos terminaron financiando la lucha contra SL [...]. Se puede decir, entonces, que los CDC constituyeron el lugar de encuentro entre los menesterosos de Cristo y los 'ricos' de la coca. Pero solo un pequeño sector disfrutó de los dólares, mientras la mayoría siguió viviendo en condiciones bastante difíciles, con alarmantes problemas de subsistencia y de salud, en un contexto social violento y profundamente complejo.

Esta situación condujo al valle a una paulatina autonomía de la vida nacional y a depender cada vez más del narcotráfico, situación que hoy ha llevado a su población a una marginalidad creciente.

EL NARCOTRÁFICO

En 1980 había menos de 1.400 hectáreas sembradas con coca, tan solo 600 más que las cultivadas en 1907 según Ruiz Fowler. Hacia 1991 estos sembríos se habían reducido al nivel de comienzos de siglo (900 hectáreas), pero a partir de 1992 llegan a las 13 mil hectáreas hasta alcanzar las 16 mil hectáreas actuales. Simultáneamente, la utilización de fertilizantes, insecticidas y otros artilugios químicos han elevado la productividad por hectárea de los sembríos de hoja de coca. Si en 1980 una hectárea producía una tonelada 300 kilos de hoja de coca, gracias a la tecnología hoy alcanza las dos toneladas 200 kilos. Es decir, con menos área sembrada se alcanza mayor producción.

Por si esto fuera poco, a diferencia de los años ochenta en que los productos legales como el café y los frutales impulsaban el desarrollo de la región, desde el año 2000 a la fecha el 98% de los ingresos del VRAE dependen de la coca. Hoy el valle es absolutamente cocadependiente, según el estudio efectuado por el economista Dennis Pereyra, especialista en narcotráfico y producción cocalera. Esta condición solo es comparable con el Monzón, donde curiosamente también opera Sendero Luminoso y no hay presencia policial.

Paradójicamente, cuando la violencia se desata en el valle su población se triplica. De 40 mil habitantes en 1980, el VRAE pasa a tener alrededor de 112 mil según el censo de 1993. Hoy viven en el lugar cerca de 200 mil personas. A pesar de ser una de las regiones más peligrosas del país, en los últimos treinta años la población se ha quintuplicado. Las ganancias que promete el narcotráfico son a

todas luces el aliciente que lleva a miles de personas a arriesgarse en esta región. Y no hay duda de que la población es consciente de los riesgos a los que se expone. Según las estadísticas policiales, en el VRAE se comete un asesinato diario, una cifra de escándalo para esa concentración de pobladores.

Desde que los carteles mexicanos arribaron al país en el año 2000 para comerciar directamente, cambió por completo todo el sistema de producción de droga. Debido a esta transformación, el Perú dio un salto tecnológico en este negocio ilícito: dejó de ser un simple productor de PBC y se convirtió en uno de cocaína. Este cambio 'benefició' al VRAE, que contaba con ventaja para los narcotraficantes porque no era un objetivo de la lucha antidrogas y porque en el área aún se mantiene activo Sendero Luminoso. Al igual que en el Huallaga, en el VRAE la subversión y el narcotráfico se han hecho endémicos.

Las nuevas condiciones llevaron a que varias familias que se dedicaban al cultivo de hoja de coca optaran por producir cocaína. La tentación era demasiado grande.

Por su ubicación estratégica, los poblados de Sivia, Llochegua y Canaire vieron erigir modernos laboratorios para procesar droga. La organización que alcanzó mayor renombre fue la de Óscar Rodríguez Gómez (*Turbo*), quien fue detenido a fines del año 2005. Tras la caída de *Turbo*, pronto sus competidores se encargaron de mantener la regularidad de los envíos de cocaína hacia México.

Tres clanes serían los encargados de producir cocaína. Los tres son familias ayacuchanas (Huanta) y se trasladaron del Huallaga al VRAE. Según la policía, son los Tineo Taipe, los Bendezú Quispe y los Quispe López. Los agentes antidrogas los llaman 'Tibenqui', nombre resultado de juntar las primeras sílabas de sus apellidos paternos.

Aparte de los Tibenqui, se hallan en la mira de la policía los hermanos Ramírez Pérez, una familia de Sivia que opera desde el pueblito de Mozampa (La Mar), y Adrián Velarde, otro capo de la zona que contaría con un pelotón formado por cuarenta sicarios fuertemente armados, quien ha fijado su dominio en Llochegua.

EL NUEVO SENDERO

En el VRAE operan las columnas mejor armadas y organizadas de Sendero Luminoso, dirigidas con puño de hierro por Víctor Quispe Palomino, el camarada *José, Martín o Iván*. Según la inteligencia policial, este senderista se ha autodenominado sucesor de Abimael Guzmán y de Óscar Ramírez Durand, *Feliciano*.

En los últimos años, fortalecido con el dinero del narcotráfico, *José* ha dejado atrás su postura defensiva y ha declarado que: «Solo librando una encarnizada lucha armada contra el enemigo, el Partido Comunista del Perú podrá transformarse en un partido revolucionario».

Los doscientos hombres que lo siguen no solo están mejor apertrechados y armados, sino tienen una disciplina y conocimiento del terreno que los hace temibles. Últimamente no han sufrido bajas importantes y siempre han salido airosos de sus enfrentamientos con el Ejército y la Policía. Desde el año 2002 emplean una nueva estrategia: han dejado atrás los ataques punitivos y la imposición de sus ideas por la fuerza de las armas, y tratan de ganarse el apoyo de los campesinos (pagan por los consumos que realizan cuando llegan a los poblados y son respetuosos de las costumbres de los lugareños).

Además, sus objetivos militares han dejado de ser las autoridades civiles. Sus únicos enemigos parecen ser los policías antidrogas, los fiscales y los funcionarios de los organismos dedicados al combate del narcotráfico. De esta forma, se han erigido en los defensores del modo de vida y la economía del valle. Al parecer han aprendido la lección que recibieron en los años ochenta, cuando fueron derrotados por los ronderos que eran armados y sostenidos por los narcos.

Por razones desconocidas, los senderistas esperan los últimos meses del año para realizar sus emboscadas contra las fuerzas del orden en el VRAE. Desde el año 2005, los ataques de los terroristas contra la Policía se han producido entre noviembre y diciembre. ¿Simple coincidencia?

El 5 de diciembre del año 2005, diez policías que trasladaban a un narcotraficante fueron atacados y cinco agentes murieron en la acción. Tres días después, los subversivos ametrallaron un helicóptero sin dejar heridos que lamentar. El 16 de diciembre de 2006, cinco policías y tres civiles murieron al caer en una celada preparada por una columna senderista. El primero de noviembre del año pasado efectuaron un feroz ataque a la comisaría de Ocobamba, y el 13 del mismo mes golpearon en Salcahuasi, con un saldo de cuatro agentes muertos.

Las emboscadas tuvieron como objetivo asesinar policías encargados de la lucha contra el narcotráfico, un indicio adicional que lleva a pensar que Sendero se ha convertido en un cartel de la droga.

Mientras no se desplazan por la zona, los senderistas aprovechan la geografía para estar fuera del alcance de militares y policías. Su refugio es la inexpugnable área conocida como Vizcatán. Los campamentos son una especie de escondites. A diferencia de las poblaciones nativas que levantan sus chozas a orillas de los ríos, ellos más bien buscan las alturas y quebradas desde donde pueden repeler cualquier ataque o escapar sin ser vistos.

Las bases más grandes tienen entre cuarenta y cincuenta construcciones rústicas, pero las que se dedican a cuidar exclusivamente los cultivos y las chacras (centros de producción) constan de quince o veinte chozas. Los puntos de contención, cuya función es estrictamente militar, tienen entre cinco y siete construcciones.

Por lo general estos asentamientos tienen un trazado cuadrangular. A partir de un recinto central, que es un local comunal que funge de comedor (y donde los senderistas reciben instrucción militar y política), se va expandiendo el poblado, en tanto entre choza y choza se abre una estrecha calle. Tienen también una gran cocina y hasta una cuna o nido. Junto al local comunal, que algunos documentos de inteligencia denominan 'escuela de cuadros', se levanta un asta para colocar la bandera con la hoz y el martillo.

Cada casa es habitada por una familia, aunque debido a la vida comunitaria solo la emplean como dormitorio. Pero eso sí, las viviendas de los mandos están separadas del poblado.

Al igual que en toda la selva, la afición por el fútbol está muy arraigada. Así, pues, los campamentos, salvo los de contención, tienen sus canchitas, varias de ellas recubiertas con arena de río. Los campamentos grandes cuentan también con trapiches (prensas) y alambiques para elaborar alcohol de caña y de maíz serrano, medicinas, paneles solares (energía de las radios), trincheras y hasta túneles de veinte o treinta metros para poder huir u organizar la defensa.

En vista de que se ubican en terrenos altos, pueden cultivar diversos productos como ají, maíz (zonas altas), plátanos, yucas y arroz (zonas bajas). Pero su dieta parece ser muy austera y baja en proteína animal, de allí que padezcan males como la desnutrición y la tuberculosis.

Sendero mantiene su lucha gracias a un sistema económico peculiar basado en tres pilares: la autosuficiencia agraria, el cobro de cupos (principalmente a empresas madereras y firmas de narcotraficantes) y las esporádicas incursiones en los pueblitos aledaños para saquear a instituciones públicas (especialmente postas médicas).

La autosuficiencia es posible debido al trabajo forzado de asháninkas y colonos que han sido secuestrados por los subversivos. Con esta mano de obra Sendero puede alimentar a sus combatientes.

Los jóvenes y los niños (hijos de los secuestrados), tras recibir un constante adoctrinamiento y una sólida formación militar, pasan a renovar los cuadros y las columnas senderistas. Se sabe que los niños (incluso menores de cinco años) cantan la internacional socialista y conocen al derecho y al revés las armas que usan los subversivos.

Según informes de inteligencia policial, en los últimos años los montos por el cobro de cupos se han incrementado sustancialmente debido a la llegada de madereros a los bosques que controla Sendero. Estos nuevos ingresos han aliviado en parte sus carencias, y hoy están mejor abastecidos de municiones

y utensilios para sobrevivir en la selva (botas y machetes).

Los madereros informales, los cocaleros y los narcos que operan en este territorio han encontrado en Sendero un aliado vital para desarrollar sus actividades y evadir la mano del Estado. Aunque no está confirmado, miembros de Sendero darían protección a los madereros a la hora de extraer sus ilegales cargamentos del Ene. La madera ilegal suele ser transportada en camiones protegidos por hombres armados. Dos motociclistas viajan delante de las caravanas para informar si hay batidas. Aparte de las motos, camionetas cuatro por cuatro con sujetos fuertemente armados van por delante y detrás de los camiones. A la fecha se han registrado varios enfrentamientos con la policía. En la garita de Gloriabamba (Puerto Ocopa) se intimidó al personal del INRENA con armas de fuego para impedir requisas.

Los ingresos por esta nueva actividad habrían despertado el apetito de los mandos subversivos, y al parecer buscarían expandir su área de influencia para incrementar sus posibilidades de obtener recursos. Pero en el narcotráfico han encontrado una fuente de financiamiento ilimitada. Sendero controla una serie de rutas por las que la droga se extrae del valle y por utilizarlas les cobra cupos a los traficantes y traqueteros. Aunque no hay evidencias, se sospecha que tiene chacras y pozas de maceración para procesar pasta y cocaína.

Finalmente, organizan saqueos esporádicos, especialmente contra postas médicas, para conseguir medicinas, aunque en los últimos años, gracias a sus nuevos ingresos, compran fármacos e incluso reclutan enfermeras.

LA COCAPOLÍTICA

Tras décadas de desorganización de la dirigencia campesina, en el año 2002 germinó una nueva corriente en el VRAE que sin el menor empacho defendía la legalidad de los cultivos de hoja de coca y reivindicaba este producto como sano. Fue en esta región donde emergió el movimiento cocalero que levantó la consigna de «liberalización o legalización de los cultivos de hoja de coca».

El principal difusor de esta nueva posición fue Nelson Palomino, un profesor de primaria con extraordinarias cualidades de comunicador. En el año 2002, reconvertido en dirigente cocalero, capturó la Federación de Productores Agropecuarios del Valle del Río Apurímac y Ene (FEPAVRAE), una asociación con escasa presencia política, y la catapultó a los primeros planos de la vida nacional.

A través de programas radiales difundidos en quechua, Palomino impuso hábilmente la idea de que la hoja de coca era sagrada, y por lo tanto debía ser legalizada pues era un derecho ancestral.

A pesar del discurso radical de Palomino, entre junio y agosto del año 2002 la FEPAVRAE firmó distintos acuerdos con el gobierno aceptando la aplicación de programas de erradicación gradual y concertada en los valles del Apurímac y del Ene. De hecho, en el Huallaga (la provincia de Padre Abad) DEVIDA (organismo estatal de lucha contra la droga y desarrollo alternativo) empezó por esa época a desarrollar un programa de autoerradicación con relativo éxito. Los comuneros arrancaban su coca a cambio del pago de 551 soles por hectárea erradicada, una bolsa de alimentos (650 soles en víveres), semillas y asesoramiento para reforestación y obras de infraestructura para la comunidad.

En este contexto, el 20 de enero de 2003 se celebró en Lima el Primer Encuentro Nacional de las Cuencas Cocaleras del Perú. Asistieron alrededor de 1.200 dirigentes cocaleros, entre los que destacaban Nancy Obregón, Elsa Malpartida y Flavio Sánchez Moreno, líderes del Huallaga; y Nelson Palomino y Marisela Guillén, del VRAE.

El acuerdo más importante del encuentro fue la creación de la Confederación Nacional de las Cuencas Cocaleras del Perú (CONPACC). Nelson Palomino y Nancy Obregón resultaron elegidos como secretario general y subsecretaria respectivamente. Asimismo, se firmó un memorial que contenía una agenda de reclamos exigiendo «el libre cultivo de la coca» además de otras veinticuatro demandas, entre las que destacan: la desactivación de DEVIDA, la suspensión de las operaciones de erradicación, el

retiro de ONG de las cuencas cocaleras (por abusar y lucrar con los cocaleros), la declaración de la hoja de coca como patrimonio nacional, la industrialización de la coca, el retiro del Perú de la Convención Única de Estupefacientes de Nueva York de 1961 (que consideraba a la coca una droga), la realización de un nuevo empadronamiento de cocaleros y una investigación sobre el gasto de los fondos destinados al desarrollo alternativo.

Claramente, las posturas de Palomino se impusieron en la redacción del memorial, pero su detención en febrero del año 2003 (por secuestrar y golpear a Nelson Contreras, un periodista del VRAE) descabezó a la flamante organización y le impidió llevarlas a cabo. Esta situación le permitió a Nancy Obregón liderar la CONPACC, que en abril realizó una marcha de cocaleros hacia Lima.

El 21 del mismo mes, tres mil quinientos cocaleros ingresaron a la capital flanqueados por militantes etnocaceristas. Con Palomino tras las rejas, la CONPACC aprobó un pliego de reclamos mesurado en la asamblea de Pichari (Cusco) del 30 de marzo de 2003. Sus exigencias principales fueron la libertad de Nelson Palomino y la suspensión de la erradicación hasta que se cumplan los acuerdos de las mesas de diálogo del año 2002 (investigación sobre supuesta fumigación y otros reclamos). A tal punto se moderaron que no dijeron una palabra sobre la legalización de cultivos.

Palomino fue liberado en el 2006. Ese mismo año, sus seguidores se presentaron a las elecciones municipales en el VRAE bajo las banderas de la agrupación Kuska Tarpuy ('sembrando la hoja de coca'). Por increíble que parezca, obtuvieron cinco alcaldías: Pedro López (Llochegua), Alejandro Gutiérrez (Sivia), Miki Dipas Huamán (Pichari), Telésforo Ochoa (Santa Rosa), Eduardo Urbano Méndez (Ayna), a los que se suma el alcalde de Quimbiri (Cusco) que postuló por el Partido Nacionalista pero también es dirigente cocalero, al igual que el de Palmapampa.

Como se puede apreciar, desde la irrupción de la violencia senderista el tráfico de drogas signa la vida del lugar. Al parecer el Estado no ha generado una solución viable a este trance y ha dejado a su suerte al otrora pujante polo de desarrollo agrícola que empezaba a consolidarse los primeros años de la década de 1980. Hoy este valle se ha transformado en una región sin futuro, sometida a los designios de los capos del narcotráfico, los dirigentes cocaleros y los mandos subversivos, todos vinculados de una u otra manera al cultivo de hoja de coca, la pesada herencia de los años del terror. Hoy hasta Dios, que tanto tuvo que ver con el poblamiento y la suerte de la guerra interna, parece haberse alejado del valle.

* Historiador y periodista de investigación.

1 Véase Pino, Ponciano del, «Tiempos de guerra y de dioses: ronderos evangélicos y senderistas en el valle del río Apurímac». En: Carlos Iván Degregori, José Coronel, Ponciano del Pino y Orín Starn. *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*. Lima: IEP, 1996.

2 Ruiz Fowler citado por Del Pino en «Tiempos de guerra y de dioses», ob. cit.

3 Pino, ob. cit., p. 125.

4 Ídem, p. 127.

5 Ídem, p. 118.

6 Íbidem.